

Evocación de don Francisco Antonio Encina

HUGO ROLANDO CORTES

Desde hacía algunos años, don Francisco Antonio Encina había decidido radicarse en el fundo "Cerrillos", de su propiedad, un poco al sur de La Serena, ya octogenario, buscando en la tersura de ese clima un espacio que le aproximara a la tierra agraria, concluida su obra magna, Historia de Chile, comenzada sorprendentemente a la edad en que otros intelectuales clausuran o están por terminar su trayectoria literaria.

Estaba dedicado, según se decía, a la cría de caballos de fina sangre, pero otros más al tanto de su vida aseguraban que, muy de mañana y hasta la noche, seguía trabajando en la búsqueda de antecedentes históricos del país, desentrañando datos y perfiles psicológicos de pequeños y grandes hombres, hasta dar con la "voluntad de acero" que, según él, resumía la personalidad de los verdaderos forjadores de la nacionalidad.

A los que no la poseían, incluidos los historiadores que discrepaban de sus ideas y concepciones, siempre vibrantes y rotundas, les hizo saber ese mensaje nada tranquilizador de ser "desheredados de la sensibilidad cerebral".

Por ello es que la carta que Alone nos entregó como pasaporte para entrevistarlo y tal vez lograr un juicio suyo sobre las elecciones presidenciales que se avecinaban entonces, adquiría importancia decisiva.

Fue aquel, precisamente, quien alentó la publicación de su gran obra y que a



golpes de comentarios elogiosos la instaló en medio de la admiración de sus contemporáneos.

Con todo, su prestigio, sus años, la demolidora crítica de no pocos a su personal filosofía historiográfica, ponían de por medio cierto temor, más de alguna reticencia. El recibimiento era, sin duda, incierto por parte del veterano ilustre.

La situación, sin embargo, no sólo resultó un espontáneo y fácil encuentro, sino que, merced a esa bendita carta, fue una manifestación de liviana alegría, co-

mo si don Francisco Antonio la hubiese estado esperando desde siempre, que por fin le llevaba noticias de su lejano amigo, a quien también admiraba y, como rito puntual, leía sus crónicas literarias y comentarios de la vida nacional, domingo a domingo.

Si bien los años le habían empequeñecido físicamente, que sus pasos breves y cuidadosos delataban, el historiador daba muestras de vitalidad envidiable. De robusta lucidez mental, intacta, como si de pronto, conversando, abriese alguno de

sus libros y los reprodujera casi a la letra, en un ir y venir, de pieza en pieza, sin agotarse, como decía, para mantener el flujo de su movilidad perpetua y ahuyentar así los males del ocio del que huía reflexivamente.

Conversaba en sus recuerdos la vehemencia de su carácter y desde ellos empezaban a tomar vuelo sus ideas sobre economía, el agró, la educación, la política, los males que detenían el progreso de Chile, todo ese pensamiento como torrente de inteligencia que se deslizaba cuesta abajo, caudaloso y soberbio.

Pero todo aquello sin fausto, sin alardes de impresionar o imponer sus ideas a quien las escuchaba. Mejor aún: casi como convenciéndose así mismo, familiarmente, en tono de aceptación patriarcal, porque, después de todo, don Francisco Antonio Encina era el modelo de la sabiduría campesina, auténtica y ancestral, acuñada en el cariño por el país y los derroteros que debía buscar, como el tiempo, más tarde, le diera la razón.

La despedida, que volvería a repetirse en otras oportunidades, fue siempre afectuosa, sin asomos de cansancio. Sin presentirlo, la última dejó en nuestras manos uno de sus libros preferidos, "Portales", autografiado. Conservaba un ejemplar de la primera edición, por Nascimento, de 1934, que entendimos como testimonio de simpatía y generosidad del gran y monumental historiador.